

hacia de él lo que quería; era siempre el paciente y los huracanes le batían.

Estaba allí entregado al saqueo. Sufría el hecho horrible de pudrirse al aire libre; estaba fuera de la ley del sepulcro; á su anonadamiento le faltaba la paz. Se convertía en ceniza en el verano y en barro en el invierno. La muerte debe cubrirse con un velo, la tumba debe tener pudor; aquí ni existía el pudor ni el velo. La putrefacción cínica es consentida; es descarada la muerte cuando expone su obra é insulta á todas las serenidades de la oscuridad, cuando trabaja fuera de la tumba, que es su laboratorio.

Cuando espiró ese sér le despojaron. Despojaron á un despojo. El tuétano no estaba ya en sus huesos, ni las entrañas en su vientre, ni la voz en su garganta. Un cadáver es una bolsa que la muerte revuelve y vacía, si en él existió un yó. Dónde está ahora ese yó? Quizás allí aun, y es doloroso pensar esto. Algo errante alrededor de algo encadenado. ¿Puede figurarse en la oscuridad un lineamiento más fúnebre?

Existen aquí bajo realidades que son como puntos de partida hácia lo desconocido, por los que la salida del pensamiento parece posible y por lo que se precipita la hipótesis. La conjetura tiene su *compelle intrare*. Si pasamos por ciertos lugares y ciertos objetos, nos paramos, siendo presa de ciertos pensamientos, y dejamos que el espíritu avance hasta su fondo. Existen en lo invisible oscuras puertas entreabiertas. Ninguno que se encuentre con dicho cadáver dejará de meditar.

La vasta dispersión le gastaba silenciosamente; poseyó sangre, que le bebieron; piel, que le han comido, y carne, que le han robado. Nada pasó cerca de él sin tomarle algo. Diciembre le prestó el frío, la media noche el espanto, el hierro el orin, la peste los miasmas; su lenta disgregación era un derecho de peaje que pagaba el cadáver á los vientos, á la lluvia, al rocío, á los reptiles y á las aves. Todos los sombríos manes de la noche habían hozado aquel cadáver. Era éste no sé qué extraño habitante de la noche. Estaba y no estaba en la llanura, sobre una colina. Era palpable y evaporado. Estaba en la oscuridad, completando las tinieblas. Despues de desaparecer el día estaba lúgubramente acorde con todo lo demás, en la vasta y silenciosa oscuridad. Aumentaba, solo estando allí, el luto de la tempestad y

la calma de los astros. Resto abandonado de incógnito destino, estaba acorde con las feroces reticencias de la noche, y su misterio encerraba una reverberación vaga de todos los enigmas.

A su alrededor parecía que disminuía la vida: en las extensiones que le rodeaban había también disminución de certidumbre y de confianza. El temblor de las malezas y de otras matas daban melancolía y ansiedad y apropiaban trágicamente todo el paisaje á la figura negra atada á la cadena. La presencia de un espectro en el horizonte es una agravación de la soledad. El cadáver era un simulacro de espectro. Batiéndole vientos que no se apaciguan, era implacable, y su temblor eterno le hacía terrible. En el espacio parecía un centro, y no sé qué inmensidad se apoyaba en él. Quizás la equidad entrevista, que está más allá de la justicia humana. En su duración fuera de la tumba había algo de venganza de los hombres y de su propia venganza. Era, en aquel crepúsculo y en aquel desierto, una certificación. Era una prueba de la materia inquietante, porque solo temblamos ante la materia, que anuncia la ruina del alma: para que nos perturbe la materia muerta, es preciso que haya vivido en ella el espíritu y que denuncie la ley de aquí bajo á la ley de allá arriba, puesto que aquí el hombre está esperando á Dios. Encima del cadáver flotaban, con las torsiones indistintas de la nube y de la ola, los enormes delirios de la oscuridad. Detrás de dicha visión había un no sé qué siniestro. El espacio, que nada limitaba, ni un árbol, ni un techo, ni un transeunte, se extendía alrededor del muerto. Cuando la inmanencia dejaba caer á plomo sobre nosotros el cielo, el abismo, la vida y la tumba, y aparece patente, es cuando todo lo vemos inaccesible, prohibido y amurallado. No hay cerrojo tan formidable como el que nos presenta el infinito cuando se abre.

VI.

Batalla entre la muerte y la noche.

El niño permaneció ante el cadáver, mudo, asombrado y con la vista fija en él. Para un hombre sería un ahorcado, para el niño era una aparición; el hombre vería un muerto y el niño veía un fantasma. Pero nada comprendió.

Las atracciones del abismo son de muchas clases; había una de ellas en lo

alto de aquella colina. El niño dió un paso, despues dos y subió á ella, teniendo ganas de descender, y se aproximó al muerto con deseos de retroceder. Extremeceándose, pero con atrevimiento, se acercó á reconocer al fantasma.

Llegó á la horca, levantó la cabeza y la examinó.

El fantasma estaba embreado y brillaba aquí y allá: el niño pudo distinguir la cara; estaba pintada de betun y los reflejos de la noche modelaban su máscara, que parecía viscosa y glutinosa. El niño vió la boca, que era un agujero; la nariz, que era otro, y los ojos, que eran dos. El cuerpo estaba envuelto y como fajado con una gruesa tela empapada de naphta (1). La tela, enmohecida, se había roto, y salía de ella una rodilla; las grietas dejaban ver las costillas. Algunas partes del cuerpo eran cadáver, otras esqueleto. El semblante estaba de color de tierra; los insectos que habían paseado por él le habían dejado marcas vagas cintas de plata. La tela pegada á los huesos presentaba relieves como el ropaje de una estatua. El cráneo, cascado y hendido, hedía como una fruta podrida. Los dientes permanecían casi intactos y conservaban la risa, y un resto de grito parecía sonar aun en su abierta boca. Le quedaban algunos pelos de la barba en las mejillas. La cabeza, colgando, parecía atenta.

Se habían hecho recientes reparaciones en el cadáver. El rostro lo habían embreado otra vez, como también la rodilla que salía de la tela y las costillas que se veían; los piés salían por bajo de la tela.

Debajo de él y sobre la yerba se veían dos zapatos; la nieve y las lluvias habían desfigurado su forma; éstos zapatos se habían caído de los piés del muerto. El niño, que iba descalzo, los miró.

El viento, cada vez más inquieto, se había calmado en una de esas interrupciones que forman parte de los aprestos de la tempestad, y el cadáver no se meneaba. La cadena tenía la inmovilidad del hilo tirado á plomo.

Como todos los recién llegados al mundo y teniendo en cuenta la presión especial del destino, el niño sentiría sin duda despertarse las ideas propias de los niños infantiles; pero todo lo que él pensaba en aquel momento se concentraba en el estupor. El exceso de sensación produce el mismo efecto que el exceso

de aceite en la lámpara, apaga el pensamiento; á un hombre le hubieran ocurrido muchas ideas enfrente del cadáver; al niño no le ocurrió ninguna; no hacía más que mirarlo.

El alquitran daba aspecto húmedo á la faz del muerto, y gotas betuminosas, fijas en lo que fueron ojos, parecían lágrimas. Pero merced á la naphta, el desgaste de la muerte se contenía, ya que no podía anularse, y quedaba reducido al menor destrozo posible. Cuidaban mucho del cadáver; no cuidaron de conservar vivo al hombre, pero se esforzaban por conservarle muerto.

La horca era vieja y carcomida, pero sólida, y servía muchísimos años ya.

Era costumbre inmemorial en Inglaterra embrear los cadáveres de los contrabandistas; les ahorcaban á la orilla del mar, les untaban con betun y los dejaban colgados; los ejemplos deben darse al aire libre, y los ejemplos embreados duran más tiempo. Era muy humano untarlos de alquitran, y de este modo se renovaban los ahorcados con menos frecuencia. Colocaban patibulos en las costas de distancia en distancia, como reverberos en nuestros días: el ahorcado servía de linterna y alumbraba á su modo á sus camaradas los contrabandistas: éstos distinguían las horcas desde lejos. Así pasaban y recibían, una detrás de otra, muchas advertencias. Esto no impedía el contrabando, pero el orden se establece de esta manera. Esta moda ha durado en Inglaterra hasta principios de este siglo. En 1822 aun se vieron, delante del castillo de Douvres, tres ahorcados untados de barniz. Además, el procedimiento conservador no se limitaba á los contrabandistas; en Inglaterra se hacia lo mismo con los ladrones, los incendiarios y los asesinos. John Painter, que incendió los almacenes marítimos de Portsmouth, fué ahorcado y embreado en 1776. El abate Coyer, que le llama Juan el Pintor, le volvió á ver en 1777. John Painter fué colgado y encadenado sobre las ruinas que él causó y restaurado de vez en cuando. Su cadáver duró cerca de catorce años; estaba aun en buen estado en 1788 y debió reemplazarse por lo tanto en 1790. Los egipcios hacían mucho caso de la momia de los reyes; la momia del pueblo puede ser tan útil como aquella, segun parece.

El viento huracanado que reinaba en el montículo había barrido toda su nieve, y la yerba y algunos cardos rebrotaban aquí y allá. En la horca, hasta el

(1) Betun oloroso y nitroso.—(N. del T.)

punto en que pendían los pies del ajusticiado, creció una espesura de matorrales sorprendente en suelo tan estéril. Los cadáveres colgados y enterrados allí durante algunos siglos esplican la fecundidad de las matas. La tierra se nutre de los despojos del hombre.

Fascinación lúgubre tenía estático al niño y permanecía mirando con la boca abierta. Solo bajó un momento la cabeza porque una ortiga le picó en la pierna, y creyó que era la mordedura de un animal. Después volvió á levantarla y á contemplar el rostro que también le miraba á él, á pesar de no tener ojos. Su mirada tenía indecible fijeza, luz y tinieblas, y salía del cráneo y de los dientes, lo mismo que de las vacías arcadas de las cejas. Las cabezas de los muertos miran y aterrorizan. No tienen pupilas y sentimos que nos están mirando.

El niño quedó inmóvil de estupor; perdía la conciencia de sí mismo: el invierno le entregaba silenciosamente á la noche, que es muy traidor el invierno, y el niño quedó convertido casi en estatua. El frío le penetraba en los huesos; la sombra, como un reptil, se resbalaba sobre él; el embotamiento que produce la nieve sube en el hombre como una marea oscura; el niño fué invadido lentamente por una inmovilidad parecida á la del cadáver; iba á dormirse.

En la mano del sueño tiene el dedo la muerte, y el niño sintió que le asía esta mano; estaba á punto de caer bajo la horca; no sabía ya si estaba de pié.

Ver nuestro fin siempre inminente y ninguna transacción entre ser y no ser, es precipicio de la creación; un instante más y el niño y el muerto, la vida que empieza y la vida que acaba, irán á borrarse juntas.

El espectro parecía que comprendía la situación del niño y que la sentía. De repente se movió, como si advirtiese al niño, pero era que lo balanceaba una fuerte ráfaga de viento.

Nada era tan extraño como este muerto moviéndose. El cadáver al extremo de la cadena, empujado por invisible soplo, tomaba actitud oblicua, se corría hácia la izquierda, caía y subía hácia la derecha, y volvía á caer y á subir con la lenta y fúnebre precisión de un badajo. Vaivén feroz. Creeríase ver en las tinieblas el péndulo del reloj de la eternidad.

Así estuvo algún tiempo. Al niño pareció que le despertaba la agitación del muerto, y á pesar de su enfriamiento

tuvo miedo. Cada oscilación de la cadena rechinaba con repugnante claridad; parecía que tomaba aliento para volver á empezar; este rechinamiento imitaba el canto de la cigarra.

El viento se encolerizó bruscamente y se acentuó mucho más la oscilación del cadáver; sus balanceos se convirtieron en sacudidas, y la cadena, en vez de rechinarse, gritaba. Parecía que habían oído estos gritos, porque del fondo del horizonte los contestó un ruido... un ruido de alas.

Sobrevino un incidente: el tempestuoso incidente de los cementerios y de las soledades; la llegada de una bandada de cuervos.

Manchas negras y volantes sombrearon las nubes, agujerearon la bruma, engordaron, se acercaron, se amalgamaron, dirigiéndose con rapidez hácia la colina, lanzando gritos, como si se oyese la llegada de una legión. Esa bandada de gusanos alados se dejó caer encima de la horca.

El niño, espantado, retrocedió.

El enjambre parecía obedecer algún mandato; los cuervos se agruparon sobre la horca; ninguno estaba encima del cadáver, y hablaban entre ellos. El graznido del cuervo causa espanto. Aullar, silbar, rugir, son síntomas de vida; graznar es manifestar la satisfacción que causa la putrefacción; el graznido tiene algo de la voz de la noche.

El niño estaba helado, más que de frío, de espanto.

Los cuervos callaron: uno de ellos saltó sobre el esqueleto, y esto fué la señal. Todos hicieron lo mismo, batiendo una nube de alas; después todas las plumas se cerraron, y el ahorcado desapareció debajo de un hormiguero de ampollas negras que se movían en la oscuridad.

En este instante el muerto se sacudió. Fué él mismo ó fué el viento?... Dió un salto espantoso. El huracán, que rugía, le ayudó. El fantasma se agitó en convulsiones. Las ráfagas del aquilón, que soplaban con todos sus pulmones, se apoderó de él y le agitaba en todos los sentidos y estaba horrible. Era un espantoso muñeco mecánico, que se movía con velocidad, sirviendo de hilo la cadena de la horca, y no sé qué aficionado á las sombras cogía el hilo y daba rápido movimiento á la momia, que daba vueltas y saltos y parecía que iba á dislocarse. Los cuervos se asustaron y volaron, marchándose de allí, pero pronto volvieron y entonces empezó la lucha.

El muerto parecía que había adquirido vida monstruosa; los vientos le levantaban como si quisiesen llevarse; hubiérase creído que forcejeaba con esfuerzo para evadirse, y que solo la argolla le detenía. Los cuervos repercutían todos sus movimientos, feroces y encarnizados. Por una parte parecía aquello que se intentaba extraña fuga, y por otra la persecución de un encadenado. El muerto, impulsado por todos los pasmos del viento furioso, tenía sobresaltos, choques y accesos de cólera; iba, venía, subía y caía, haciendo retroceder á las aves de rapiña, y esta muchedumbre sitiadora no soltaba su presa. Había momentos en que el muerto tenía encima todas las garras y todas las alas, y otros momentos se separaba de él la horda, pero para volver con más furia á acometerle, espantoso suplicio continuado después de la vida. Los cuervos estaban frenéticos; los respiraderos del infierno deben dar paso á enjambres semejantes. No puede darse lucha más lúgubre. Los cuervos clavaban las uñas y los picos, graznando y arrojando al cadáver pedazos, que ya no eran de carne; rechinaba el patíbulo, crugía el ferraje, bramaba el viento. Era un combate espectral; el combate de una larva contra demonios.

A veces, cuando la fuerza del viento redoblaba, el ahorcado saltaba sobre sí mismo y parecía hacer frente por todas partes á la bandada de cuervos y querer correr hácia ellos y que sus dientes tratasen de morder; tenía el viento en su favor y la cadena en contra suya, como si dos dioses contrarios se mezclasen en su destino.

Se oía allá abajo el mugido inmenso del mar. El niño, que todo lo veía, de repente tembló; un fuerte escalofrío circuló por todo su cuerpo, vaciló, casi cayó al suelo; después se enderezó, oprimiéndose la frente con las dos manos, como si la frente fuera para él un punto de apoyo, y esquivo y con la cabellera al viento descendió precipitadamente de la colina; con los ojos cerrados, como si fuera un fantasma de sí mismo, emprendió la fuga, dejando detrás de él la lucha lúgubre del ahorcado con los cuervos.

VII.

La parte del Sur de Portland.

Corrió á la ventura desalentado y atónito por entre la nieve, por la

llanura y en el espacio, pero esta huida le calentó. Sin su espanto y sin dar esa larga carrera, el niño hubiera muerto.

Cuando le faltó el aliento se paró, sin atreverse á mirar atrás. Le parecía que los cuervos le habían de perseguir, que el muerto habría desatado la cadena y seguiría probablemente el mismo camino que él, y que hasta la horca bajaba de la colina corriendo detrás del muerto. Tenía miedo de ver todo eso y por eso no volvía la cabeza hácia atrás.

En cuanto recobró el aliento, emprendió otra vez la fuga. Darse cuenta de los hechos no es propio de la infancia. El niño percibía sus impresiones á través del vidrio de aumento del espanto, pero sin ligarlas en su espíritu y sin sacar conclusiones. Iba sin saber cómo ni dónde, corría con la angustia y con la dificultad del sueño. Después de tres horas de haber sido abandonado, su carrera, siendo siempre vaga, había cambiado de objeto; antes buscaba, ahora huía, porque no sentía hambre ni frío, sino miedo. Un instinto reemplazó á otro en él. Escapar era en estos instantes su único pensamiento. Escapar de qué?... De todo. La vida se le aparecía por todas partes á su alrededor como una muralla horrible; si hubiera podido evadirse de ella, se hubiera evadido, pero los niños no conocen el escape de la prisión que se llama suicidio. Corría, corrió durante tiempo indeterminado, pero el aliento se agota y el miedo se agota también.

De pronto, como sintiendo un acceso de energía y de inteligencia, se paró, como si tuviese vergüenza de huir; se enderezó, pegó con el pié en el suelo, levantó la cabeza resuelto y miró hácia atrás. Pero ya no vió ni colina, ni horca, ni bandada de cuervos; la niebla se había vuelto á apoderar del horizonte.

El niño prosiguió su camino.

Pero ya no corría, andaba. Decir que el encuentro de un muerto le había hecho hombre, sería limitar la impresión múltiple y confusa que quedó impresa en él. Había en esa impresión su más y su menos. La horca era una cosa confusa en el rudimento de comprensión de su pensamiento y era para él una aparición. Solo era para él una afirmación su terror domado, que le hizo sentirse más fuerte. Si estuviese en la edad de poder sondearse á sí mismo, hubiera encontrado dentro de sí otros muchos principios de meditación; pero es informe la reflexión en los niños, y es todo lo más que sienten el dejo amargo de un senti-

timiento oscuro en ellos y que más tarde el hombre llama indignación. Añádase á esto que los niños tienen el dón de aceptar demasiado de prisa el final de una sensación; los contornos lejanos y fugitivos, que constituyen la amplitud de las cosas dolorosas, no los perciben. Libra al niño su debilidad de las emociones demasiado complejas. Vé el hecho y poco más á su lado. La dificultad de satisfacerse con las ideas parciales no existe para el niño. El proceso de la vida se instruye más tarde, cuando llega la experiencia cargada con sus legajos: entonces se verifica la confrontación de grupos de hechos opuestos, la inteligencia amaestrada y engrandecida compara, los recuerdos de la juventud reaparecen bajo las pasiones; esos recuerdos son puntos de apoyo para la lógica, y lo que era vision en el cerebro del niño, se convierte en silogismo en el cerebro del hombre. Además, la experiencia es diversa y produce el bien ó el mal según son las naturalezas. En las buenas lo madura, en las malas lo pudre.

El niño había corrido un cuarto de legua y había andado otro. De pronto sintió gran incomodidad en el estómago. Una idea, que al punto eclipsó la repugnante aparición de la colina, le ocurrió violentamente; la de comer. Felizmente el hombre tiene su parte animal, que es la que le hace volver á la realidad.

Pero qué había de comer? ¿dónde y cómo?

Se tentó los bolsillos maquinalmente, porque sabía bien que estaban vacíos. Después apresuró el paso. Sin saber dónde iba, se apresuró á andar en busca de una habitación posible.

Crear encontrar posada en semejante sitio es creer en Dios, porque en esa llanura llena de nieve nada había que se pareciese á un techo.

El niño andaba y andaba, y la tierra, arenisca é inculca, continuaba desnuda en el largo espacio que alcanzaba la vista.

Jamás existió allí habitación humana. En la falda del monte peñascoso, en los agujeros de las rocas, vivían en la antigüedad, por falta de bosques para construir cabañas, los hombres primitivos, que tenían la honda por arma, por leña para calentarse el excremento seco del buey, por religión el ídolo Heil, de pié, en una pradera en Dorchester, y por industria la pesca del falso coral gris,

que los galos llamaban *plin* y los griegos *isidis plocamos*.

El niño se orientaba como podía. El destino humano es una encrucijada de calles, y la elección de la dirección que se debe tomar es temible; el niño empezaba muy pronto á verse en la necesidad de elegir. Aunque seguía andando, empezaba á fatigarse. No había senderos en la llanura, y si los había, la nieve los borró. Por instinto continuó dirigiéndose hacia el Este. Afiladas piedras le desollaban los talones, y si fuese de día se hubieran visto huellas que dejaba en la nieve, las manchas rojas de su sangre. No conocía dónde se encontraba; atravesaba la alta llanura de Portland de Sur á Norte, y es probable que la cuadrilla con la que había él venido la hubiese atravesado de Oeste á Este para evitar encuentros. Al parecer, los comprachicos habían partido en alguna barca de pescador ó de contrabandista, de un punto cualquiera de la costa de Uggescombe, ya de Saint-Catherine Chap, ya de Swancry, para llegar á Portland y encontrar la urca que les esperaba, y ésta debió desembarcar en una de las bahías de Weston para ir á reembarcarse en una de las de Eston. Dicha dirección cortaba en cruz la que seguía ahora el niño. Era imposible que hubiera reconocido el camino.

La llanura alta de Portland tiene aquí y allá alturas ampulosas, arruinadas bruscamente por la parte de la costa y cortadas á pico sobre el mar. El niño errante llegó á uno de esos puntos culminantes y allí se detuvo, esperando á ver si encontraba indicaciones en mayor espacio y mirando á todas partes. Tenía ante él por todo horizonte una vasta extensión descolorida. La examinó con atención, y fijando en ella la mirada, pudo ver menos mal. En el fondo de un lejano pliegue de terreno, hacia el Este, bajo la dicha extensión descolorida, se arrastraban y flotaban vagos pedazos negros, una especie de arranques difusos. Esa extensión opaca y descolorida era la niebla, y esos pedazos negros eran humo. Donde hay humo hay hombres. El niño se dirigió hacia allí.

Entreveía á alguna distancia un descenso, y al pié del descenso, entre las configuraciones informes de las rocas que la bruma dibujaba, vió una apariencia de banco de arena ó de lengua de tierra, que unía probablemente á las llanuras del horizonte las altas llanuras

LIBRO SEGUNDO

La urca en alta mar.

I.

Las leyes que están fuera del hombre.

La tempestad de nieve es una de las cosas más desconocidas del mar. Es el más oscuro de los meteoros en todos los sentidos de la palabra; es una mezcla de niebla y de tormenta, y hoy día aun no se puede explicar satisfactoriamente este fenómeno; por eso ocasiona tantos desastres.

Se atribuye dicho fenómeno al viento y á las olas, pero en el aire existe una fuerza que no es la del viento, y en el agua otra fuerza que no es la de las olas; esta fuerza, que es la misma en el aire y en el agua, es el efluvo. El aire y el agua son dos masas líquidas, casi casi idénticas, y que se compenetran por la condensación y la dilatación; solo el efluvo es fluido. El viento y las olas son fuerzas impulsoras: el fluido es una corriente. El viento es visible por medio de las nubes y las olas por medio de la espuma; el efluvo es invisible, y sin embargo, de vez en cuando dice: *Ya estoy aquí*. Su *ya estoy aquí* es un trueno.

La tempestad de niebla ofrece un problema análogo al del *brouillard sec* de los franceses, ó sea la calina de los españoles y el *qnohar* de los etíopes, que si alguno se resuelve ha de ser indudablemente por medio de la observación atenta del efluvo magnético.

Sin el efluvo una multitud de hechos quedarían sin explicación. Los cambios de la velocidad del viento, modificándose en la tempestad desde tres piés por segundo á doscientos veinte, motivarán las variantes de las olas subiendo en el mar en calma desde tres pulgadas, hasta treinta y seis piés en el mar alborotado; la horizontalidad de los aires, hasta en tiempo de borrasca, hace comprender que una ola de treinta piés de altura pueda tener quince piés de longitud; pero ¿por qué las olas del Pacífico son cuatro veces más altas cerca de América que cerca de Asia, esto es, más altas al Oeste que al Este? ¿Por qué sucede lo contrario en el Atlántico? ¿Por qué en el Ecuador es en el medio del